

Mis directores de orquesta preferidos

Por ENRIQUE GUARNER

A PENAS tendría doce años cuando vi a una primerísima figura mundial en la dirección de orquestas. Fue una experiencia inolvidable el conocer y escuchar en el Teatro Esperanza Iris a Erich Kleiber conduciendo una séptima sinfonía de Beethoven. Este extraordinario músico renunció en 1935 como guía de la ópera de Berlín en un acto de protesta contra la censura ejercida por los nazis a una composición de Paul Hindemith, solamente porque era judío. Kleiber permaneció a lo largo de dos años en México y se dice que deseaba establecerse aquí en forma definitiva, pero la envidia y política de Carlos Chávez impidieron que tal cosa sucediera.

Erich Kleiber era un virtuoso que sabía disciplinar a las orquestas, sobresaliendo su enorme vitalidad que lo hacía comunicarse de inmediato con el público. Su grabación de la quinta sinfonía de Ludwig van Beethoven realizada en los años cincuenta con la orquesta del Concertgebouw de Amsterdam sigue siendo la mejor de todos los tiempos y algunos tenemos la fortuna de oírla en disco.

Después de una estancia en Cuba, Erich Kleiber regresó a Alemania al terminar la guerra mundial y allí dirigió la ópera de Berlín en la República Democrática, lo cual concordaba con sus simpatías hacia el socialismo y la ocasionó problemas con el gobierno de Bonn. Finalmente murió en Zurich a la edad de 66 años. Por la misma época en la que conocimos a Kleiber nos visitaron como directores huéspedes de la Sinfonía de México otras figuras importantes. La primera fue Dimitri Mitropoulos, quien en agosto de 1942 condujo un programa que incluía composiciones de Glazounov, Huizar y Schuman. Este director de orquesta ateniense, aunque nervioso y con ciertos tics, produjo un gran impacto por su precisión. No utilizaba batuta y poseía una memoria fotográfica con la que podía repetir después de haberla ojeado una partitura completa. Cuando compareció ante nosotros conducía la orquesta de Minneapolis, pero desde 1950 hasta 1956 guió a la Filarmónica de Nueva York donde alcanzó fama mundial. Sin embargo, se decía que Mitropoulos era una persona de una sencillez espantosa, pues vivía en un piso sencillísimo con los muebles absolutamente indispensables que incluían: una cama, una mesa, dos sillas y su piano.

En cambio un año después de Mitropoulos vino a México para dirigir la séptima sinfonía de Shostakovich el extravagante y famosísimo Leopoldo Stokowsky. En realidad el entonces conductor de la orquesta de Filadelfia constituía una especie de contorsionista con una rara agilidad y además alteraba a su albedrío el pentagrama convirtiendo los "allegretos" en pasajes rapidísimos y precipitaba como cataratas tiempos señalados lentos.

Más que nada Stokowsky fue una publicista de sí mismo, anunciándose constantemente en las columnas periodísticas. Sus amorfos jamás pasaban desapercibidos y cuando un revisor lo entrevistó a raíz de un viaje en barco con Greta Garbo, contestó de inmediato: "no me gusta la publicidad". A pesar de ello debe reconocérsele su gran labor para la difusión de la música clásica y el que todos lo recordemos en "Fantasía", la película de Walt Disney.

Sir Thomas Beecham, a quien mencioné en un artículo anterior porque me hizo entrar en el campo operístico, era un hombre culto y sofisticado que conocía y adoraba a Mozart. En general, este director británico resultaba muy superior dentro del repertorio clásico y romántico, resistiéndose a la música contemporánea.

Desde luego que ninguno de estos notables directores pudo compararse a ese gigante que fuera Arturo Toscanini quien nunca vió a México. Debo decir que él ha sido el director orquestal más importante de todos los tiempos y mi favorito en el repertorio universal. La leyenda de Toscanini es bien conocida pero vale la pena que la recordemos una vez más. Este músico nacido en Parma tocaba el violoncello en una orquesta que a principios del siglo se hallaba de gira en Río de Janeiro, cuando por diferencias con la empresa su director presentó la renuncia. La historia señala que Toscanini abandonó la silla de los instrumentistas y con gran autoridad y brillantez condujo una "Aida" excepcional sin leer la partitura. Se dice que el repertorio de Toscanini incluía 145 óperas y que llegó a sorprender al compositor Wolf Ferrari porque conocía mejor su "Le donne curiose" que él mismo. Además este director dominaba toda la música sinfónica de la cual existen todavía formidables grabaciones. Entre mis preferidas se encuentran las nueve sinfonías de Beethoven y sus dos soberbios discos con música de Ricardo Wagner. Por su posición antifascista Toscanini vivió muchísimos años fuera de su país principalmente en Estados Unidos, conduciendo la orquesta de la NBC hasta que murió a la edad de noventa años. Tampoco conocimos en México a Bruno Walter, quien por su maestría y precisión gozó de un gran nombre conduciendo el repertorio romántico.

Sin embargo, mi memoria sí registra al excepcional Fritz Reiner, quien con la orquesta de Pittsburgh nos visitara en 1948. Podemos decir que difícilmente pasaron desapercibidos sus inolvidables programas que nos ofreció en el Palacio de Bellas Artes. Más que nada Reiner era un perfeccionista que poseía una exactitud notable. A pesar de lo grande que era los instrumentistas que lo acompañaban lo consideraban impaciente y hasta sarcástico, pero nos dejó por el sonido que inspiraba una impresión imborrable.

Un director al que admiré pero al que no tuve oportunidad de verlo actuar fue Otto Klemperer. La razón partió de que vino a México en 1939 cuando yo todavía no vivía aquí, pero por medio de sus grabaciones con la Orquesta Filarmónica se le debe de considerar entre los más grandes que han existido.

Extraño fue el caso de Sergiu Celibidache quien en los cincuenta permaneció casi dos años con nosotros. El rumano era incansable y minucioso, pero subido al podio caía en gestulaciones a veces innecesarias. Alrededor de él se desataron toda suerte de polémicas porque se había autonombrado director de la Filarmónica de Berlín, donde únicamente figuraba como asistente. De cualquier manera era extremadamente expresivo y huía de la publicidad, de los discos y entrevistas. De Celibidache poseo una de su encasísimas grabaciones plenas de temperamento en la misa en do menor de Mozart, la cual suena estupendamente.

Opuesto al anterior aunque también entra en el grupo de mis preferidos está Herbert von Karajan. Su defecto principal ha sido el caer en un mercantilismo excesivo, pero siempre ha constituido un virtuoso que contra lo que pudiera pensarse restringía movimientos siendo objetivo y exacto a pesar de que manejaba un enorme repertorio.

A mediados de los sesentas en un par de programas en Bellas Artes conocimos a Eugene Ormandy y la soberbia orquesta de Filadelfia. Tengo un buen recuerdo del director húngaro quien interpretó sinfonías de Rachmaninov y Shostakovich. También guardo en mi memoria la iniciación del concierto de su debut con los himnos de México y Estados Unidos, los cuales nos pusieron "carne de gallina" por su fuerte impacto. El principal defecto de Ormandy fue el caer repetidamente en el repertorio comercial: Durante la época de la olimpiada y ya con muchos años encima y dificultad en su marcha vimos a Sir John Barbirolli y la orquesta Hallé de Manchester. Por esos entonces recuerdo una extraordinaria Novena Sinfonía de Beethoven con el director ruso Igor Markevich, en mi opinión muy superior a Kondrashin y Svetlanov, a los que escuché con la orquesta de Moscú algún tiempo más tarde.

En 1970 en Roma tuve la suerte de presenciar una "Flauta Mágica" con escenografía de Paul Klee, dirigida por el entonces veterano Ernest Ansermet. Este conductor suizo era además matemático de lo que derivaba su exactitud. A lo largo de la presidencia de López Portillo y por la afición de doña Carmen Romano a la música, vino el norteamericano Leonarc Bernstein, quien poseía singular maestría. Era instintivo mostrando rápidas reacciones coordinando a la perfección de Israel; por lo que mereció de sobra la fama que adquirió. Asimismo por aquellos entonces visitó nuestro país Zubin Mehta con la misma orquesta demostrando su seguridad y elegancia. Más recientemente conocimos al Concertgebouw de Amsterdam conducida por el holandés Bernard Haitink. Su sonoridad resultaba casi perfecta.

Es curioso el hecho de que la mayoría de los directores actuales destacados no sean alemanes, puesto que Claudio Abbado procede a Italia, Seiji Ozawa del Japón, Colin Davis inglés y Lorin Maazel al que ví en París con la Filarmónica de Berlín resulta norteamericano.

En relación a los mexicanos señalaré que jamás me gustó el maestro Carlos Chávez, al que siempre consideré como el regidor de una banda que sacudía sin sentido la batuta y que tenía ideas megalómanas. Recuerdo una ocasión en la que el violinista Henryk Szering interpretó los tres conciertos de Bach, Beethoven y Chávez. Para los dos primeros tuvimos la orquesta del tamaño razonable de acuerdo a su época, pero para aquel que escribiera don Carlos se requirieron más de cien instrumentistas que casi nunca tocaba unidos, sino que cada uno ejecutaba notas aisladas y muy de vez en cuando.

Sin embargo, entre los directores actuales siempre he apreciado a Herrera de la fuente y a Eduardo Mata que adquirió mercedemente fama mundial. A la Sala Netzahualcóyotl asistió con alguna frecuencia y entre los directores que me han gustado están Diemecke y el actual Ronald Zollman de Bélgica, quien ha dado lugar a una notable mejoría en la Filarmónica de la Universidad.